

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LIV, número 50 (2.798)

Ciudad del Vaticano

16 de diciembre de 2022



Nadie puede salvarse solo

MENSAJE DEL PAPA PARA LA CELEBRACIÓN DE LA 56ª JORNADA MUNDIAL DE LA PAZ EN PÁGINA 4

La tragedia de la guerra y el drama de los emigrantes

Una Navidad con los ucranianos en el corazón

El llamamiento del Papa: menos gasto en fiestas y más ayuda a la población del martirizado país

“Hay tanto sufrimiento en Ucrania, ¡tanto! Y me gustaría llamar un poco la atención sobre la próxima Navidad”. Con el pueblo ucraniano devastado por la guerra en el corazón, el Papa Francisco lanzó en la audiencia general del miércoles una invitación a bajar “un poco el nivel de gasto”, instando a “una Navidad más humilde, con regalos más humildes”, para enviar lo ahorrado a esas personas “que están necesitadas, que sufren tanto”.

El Papa explica: “Pasan hambre, sienten el frío y muchos mueren porque no hay médicos ni enfermeras al alcance”. Por ello, el Obispo de Roma pide no olvidar a Ucrania en Navidad, invocando un “gesto concreto” de solidaridad.

Un clic para donar camisetas térmicas para los ucranianos

En la plataforma de *crowdfunding* Eppela, se puede donar una pequeña suma para comprar camisetas térmicas para la población ucraniana. En la audiencia general del miércoles, el Papa Francisco recomendó “una Navidad con menos gastos”, “más humilde”, instando a enviar lo que se ahorre para aliviar el sufrimiento de tantos que pasan frío, hambre, falta de cuidados. “Una Navidad con los ucranianos en el corazón”.

Hace unos días, la Limosnería Apostólica había lanzado una colecta para enviar o llevar al Vaticano la ropa solicitada. “La respuesta de la gente —ha explicado el cardenal Konrad Krajewski, limosnero del Papa— ha sido muy generosa, porque el corazón de los italianos es dulce, abierto y bueno, dispuesto a responder con entusiasmo a las dificultades de quienes viven la guerra”. El cardenal asegura su compromiso y el de muchas fábricas, contactadas anteriormente y que ya han donado camisetas térmicas y que además han facilitado la compra a un precio de producción o de realización.

En cuanto el material esté recogido y cargado en camiones, junto con los generadores eléctricos adquiridos, el propio cardenal lo llevará todo a Ucrania.

Pero la entrega no significa que se interrumpa la recogida, porque el invierno es largo y duro, y hay que estar preparado para cualquier nueva necesidad. “Hagamos este regalo de Navidad”: es la invitación del limosnero porque, como dijo el Papa Francisco en la homilía de la Misa en Casa Santa Marta el 26 de noviembre de 2018, “la generosidad es una cosa de todos los días”, es “la generosidad de las pequeñas cosas”.

En este enlace <https://www.eppela.com/projects/9302> puede hacer una donación para las camisetas térmicas.



María de Guadalupe vino para acompañar al pueblo americano

MISA EN LA FIESTA LITÚRGICA DE LA VIRGEN MARÍA DE GUADALUPE EN PÁGINA 5

En el discurso al Movimiento cristiano de trabajadores el Papa invita a promover el empleo juvenil y femenino

Nadie sea explotado o excluido del trabajo

PÁGINA 3

A la Unión italiana de las personas ciegas y con baja visión

La fragilidad es un recurso para la sociedad y para la Iglesia

PÁGINA 6

Comienza en Frascati la fase diocesana de la causa de beatificación

Carla Borgheri misionera de la Encarnación

WALDERY HILGEMAN EN PÁGINA 7

En el Ángelus el Papa pide que cesen los ataques y los civiles sean respetados

Paz y reconciliación para Sudán del Sur

La tradicional bendición de los "Niños Jesús" con un pensamiento particular para los pequeños de Ucrania

Un llamamiento por la paz en Sudán del Sur fue lanzado el domingo 11 de diciembre por el Papa Francisco en el Ángelus, al finalizar el cual también bendijo los "Niños Jesús" de los pesebres llevados a la plaza de San Pedro por los niños romanos. Asomándose a medio día desde la ventana del estudio privado del Palacio apostólico vaticano, antes de recitar la oración mariana el Pontífice comentó el Evangelio del tercer domingo de Adviento. Estas son sus palabras.

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz domingo!

El Evangelio de este tercer domingo de Adviento nos habla de Juan Bautista que, mientras está en la cárcel, manda a sus discípulos a preguntar a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). Al oír hablar de las obras de Jesús, a Juan le asalta la duda de si realmente es el Mesías o no. De hecho, él pensaba en un Mesías severo que, al llegar, haría justicia con fuerza castigando a los pecadores. Jesús, en cambio, tiene palabras y gestos de compasión hacia todos, en el centro de su acción está la misericordia que perdona, por lo que «los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva» (v. 5). Nos hace bien detenernos en esta crisis de Juan el Bautista, porque nos puede decir algo importante también a nosotros.

El texto subraya que Juan se encuentra en la cárcel, y esto, además de en el lugar físico, hace pensar en la situación interior que está viviendo: en la cárcel hay oscuridad, falta la posibilidad de ver claro y ver más allá. De hecho, el Bautista ya no logra reconocer Jesús como Mesías esperado. Está asaltado por la duda y envía a los discípulos a verificar: "Id a ver si es el Mesías o no". Nos maravilla que esto le suceda precisamente a Juan, el cual había bautizado a Jesús en el Jordán y lo había indicado a sus discípulos como el Cordero de Dios (cfr. Jn 1,29). Pero esto significa que también el creyente más grande atraviesa



el túnel de la duda. Y esto no es un mal, es más, a veces es esencial para el crecimiento espiritual: nos ayuda a entender que Dios es siempre más grande de cómo lo imaginamos; las obras que realiza son sorprendentes respecto a nuestros cálculos; su acción es diferente, siempre, supera nuestras necesidades y nuestras expectativas; y por eso no debemos dejar nunca de buscarlo y de convertirnos a su verdadero rostro. Un gran teólogo decía que a Dios «hay que redescubrirlo a etapas... a veces creyendo que lo pierdes» (H. de Lubac, *Sulle vie di Dio*, Milán 2008, 25). Así hace el Bautista: ante la duda, lo busca una vez más, lo interroga, "discute" con Él y finalmente lo descubre. Juan, definido por Jesús el mayor entre

los nacidos de mujer (cfr. Mt 11,11), nos enseña a no cerrar a Dios en nuestros esquemas. Este es siempre el peligro, la tentación: hacernos un Dios a nuestra medida, un Dios para usarlo. Y Dios es otra cosa. Hermanos y hermanas, también nosotros a veces podemos encontrarnos en su situación, en una cárcel interior, incapaces de reconocer la novedad del Señor, que quizá tenemos prisionero de la presunción de saber ya todo sobre Él. Queridos hermanos y hermanas, nunca se sabe todo sobre Dios, ¡nunca! Quizá tenemos en la cabeza un Dios poderoso que hace lo que quiere, en vez del Dios de humilde mansedumbre, el Dios de la misericordia y del amor, que interviene siempre respetando nuestra libertad y nues-

tras elecciones. Quizá nos surge también a nosotros decirle: "¿Eres realmente Tú, tan humilde, el Dios que viene a salvarnos?". Y puede sucedernos algo parecido también con los hermanos: tenemos nuestras ideas, nuestros prejuicios y ponemos a los demás —especialmente a quien sentimos diferente de nosotros— etiquetas rígidas. El Adviento, entonces, es un tiempo de inversión de perspectivas, donde dejarnos asombrar por la grandeza de la misericordia de Dios. El asombro: Dios siempre asombra. (Lo hemos visto hace poco, en el programa "A Sua Immagine", estaban hablando del asombro). Dios siempre es Aquel que suscita en ti el asombro. Un tiempo —el Adviento— en el que, preparando el belén para el Niño Jesús, aprendemos de nuevo quién es nuestro Señor; un tiempo en el que salir de ciertos esquemas, de ciertos prejuicios hacia Dios y los hermanos. El Adviento es un tiempo en el que, en vez de pensar en regalos para nosotros, podemos donar palabras y gestos de consolación a quien está herido, como hizo Jesús con los ciegos, los sordos y los cojos. Que la Virgen nos tome de la mano, como madre, nos tome de la mano en estos días de preparación a la Navidad y nos ayude a reconocer en la pequeñez del Niño la grandeza de Dios que viene.

Después del Ángelus el Papa recordó la beatificación de Isabel Cristina Mrad Campos, mártir a los veinte años, hizo referencia a los violentos enfrentamientos en el país africano, meta con la República democrática del Congo del próximo viaje apostólico, y habló de la Jornada mundial de la montaña. Finalmente saludó a los varios grupos de fieles, dirigió un pensamiento a los presos de Padua y bendijo las figuras del Niño Jesús destinados a los pesebres, deseando una Navidad de paz para todos los niños y muchachos del mundo, especialmente los que viven en los países en guerra, como Ucrania.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Ayer en Barbacena, Brasil, fue beatificada Isabel Cristi-

na Mrad Campos. Esta joven fue asesinada en 1982 a los veinte años, por odio a la fe, por haber defendido su dignidad de mujer y el valor de la castidad. Su heroico ejemplo pueda estimular a los jóvenes a dar un testimonio de fe y de adhesión al Evangelio. ¡Un aplauso a la nueva Beata! Sigo con dolor y preocupación las noticias que llegan de Sudán del Sur, sobre los violentos enfrentamientos en los días pasados. Recemos al Señor por la paz y la reconciliación nacional, para que cesen los ataques y los

ciudadanos que viven en las áreas más contaminadas de Italia, deseando una justa solución a sus graves problemas y a las enfermedades que vienen de este ambiente contaminado.

Y quisiera enviar un cordial saludo a los detenidos de la cárcel "Due Palazzi" de Padua: ¡os saludo con afecto! Y ahora bendigo los "Bambinelli", es decir, las figuras del Niño Jesús que vosotros, queridos niños y muchachos, habéis traído aquí y que después, al volver a casa, pondréis en el belén. Os invito a rezar, ante el pese-



civiles siempre sean respetados.

Hoy se celebra la Jornada Mundial de la Montaña, que invita a reconocer la importancia de este maravilloso recurso para la vida del planeta y de la humanidad. El tema de este año —"Las mujeres mueven las montañas"— es verdad, ¡las mujeres mueven las montañas! Nos recuerda el rol de las mujeres en el cuidado del ambiente y en la salvaguardia de las tradiciones de las poblaciones de montaña. De la gente de montaña aprendemos el sentido de comunidad y el caminar juntos.

Os saludo a todos vosotros, que habéis venido de Roma, de Italia y de tantas partes del mundo. En particular saludo a los fieles de Barcelona, Valencia, Alicante, Beirut, El Cairo, y a los de México y Polonia. Saludo a la Comunidad católica tanzana en Italia; a los grupos parroquiales de Terni, Panzano en Chianti, Perugia, Nozza de Vestone; al coro de los Alpini de Roma; y a los representantes de los

bre, para que la Navidad del Señor lleve un rayo de paz a los niños del mundo entero, especialmente a los que están obligados a vivir los días terribles y oscuros de la guerra, esta guerra en Ucrania que destruye tantas vidas, tantas vidas, y tantos niños. La bendición de las imágenes del Niños Jesús... [las bendice].

Os deseo a todos un feliz domingo y un buen camino hacia la Navidad de Jesús. Por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Uniquae suae Non praevalent

Ciudad del Vaticano

redazione.spagnola.ort@spcva

www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI

Director editorial

ANDREA MONDA

director

Silvina Pérez

jefe de la edición

Redacción

Piazza Pia, 3 - 00193 Roma

teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE

L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:

teléfono +39 06 698 45793/45794

fax +39 06 698 84998

e-mail: pubblicazioni.photo@spcva

www.photo@spcva

Suscripción digital anual: 40 euros

Agencia de publicidad:

Il Sole 24 Ore S.p.A.

System Comunicazione Pubblicitaria

Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano

segreteria@redazione.osservatore.romano.it

En México: Arquidiócesis primada de México.

Dirección de Comunicación Social.

San Juan de Dios, 222-C. Col.

Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.

Del. Tlalpan. México, D.F.

teléfono + 52 55 2652 99 55

fax + 52 55 5318 75 32

e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,

Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú

teléfono + 51 42 357 82

fax + 51 431 67 82

e-mail: editorial@salesianos.edu.pe



En el discurso al Movimiento cristiano de trabajadores el Papa invita a promover el empleo juvenil y femenino

Nadie sea explotado o excluido del trabajo

«Las desigualdades sociales, las formas de esclavitud y de explotación, las pobreza familiares a causa de la falta» de empleo «o de un trabajo retribuido son realidades que deben encontrar escucha»: lo dijo el Papa a los miembros del Movimiento cristiano de trabajadores recibidos en el Aula Pablo VI junto con sus familiares la mañana del viernes 9 de diciembre.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Os doy la bienvenida y doy las gracias al presidente por sus corteses palabras. Hace cincuenta años vuestro Movimiento movió los primeros pasos bajo la bendición del Papa san Pablo VI; y hoy habéis venido a compartir conmigo este momento de gratitud. Gracias por el bien sembrado en estos años de vida. Gracias por el compromiso con el que os habéis puesto al servicio de la sociedad italiana a través de las actividades de formación, los círculos, el patronato, la atención al mundo del trabajo en las varias facetas y el servicio civil.

Los cincuenta años son también un tiempo para mirar con realismo a la propia historia, hecha de tantas gratuidades y también de fatigas en el testimonio cristiano. Es importante no abandonarse a formas auto celebrativas, sino reconocer la acción del Espíritu Santo entre los pliegues de vuestra historia, no tanto en los sucesos llamativos, sino más bien en los humildes y cotidianos. Este aniversario podría ayudaros a caminar en dos direcciones:

una obra de purificación y una nueva siembra. Ambas: purificar y sembrar.

La purificación siempre es necesaria, siempre, para todos nosotros y en todas las experiencias humanas. Somos pecadores y necesitamos misericordia como el aire que respiramos. La disponibilidad a la conversión, a dejarse purificar, a cambiar vida, a cambiar estilo, es signo de valentía, de fuerza, no de debilidad; la terquedad es signo de debilidad. Se trata de acoger la novedad del Espíritu sin poner obstáculos: permitir que los jóvenes encuentren espacio, que sea custodiado y compartido el espíritu de gratuidad, que no se pierda el ingenio de los inicios prefiriendo elecciones tranquilizadoras que no ayudan a vivir las novedades de los tiempos. Sois un movimiento nacido a raíz del Vaticano II y podéis contar la fecundidad de esa época eclesial y social. Os animo a reencontrar el impulso de los inicios, bien visible en el entusiasmo con el que vivís el vínculo eclesial en los territorios y en la gratuidad del servicio a las exigencias de los trabajadores. El Concilio nos ha llamado a leer los signos de los tiempos -y sobre todo nos ha dado el ejemplo-; por eso, conscientes de los cambios sociales, podéis preguntarnos: ¿cómo ser fieles al servicio de los trabajadores hoy? ¿Cómo vivir el empeño de conversión ecológica y de pacificación? ¿Cómo animar la sociedad italiana en el campo económico, político, laboral, contribuyen-



do a discernir con los criterios de la ecología integral y de la fraternidad?

Estos son los motivos de una nueva siembra que os espera. Mientras se celebra, se mira adelante. De hecho, esto no es solo tiempo de recoger frutos: es también tiempo de sembrar nuevamente. Nos lo impone la época difícil que estamos viviendo. La pandemia y la guerra han hecho el clima social más oscuro y pesimista. Esto os llama a ser sembradores de esperanza. Empezando por vosotros mismos, de vuestro tejido asociativo: que vuestras puertas estén siempre abiertas; que los jóvenes se sientan no solo huérfanos, sino protagonistas, con su capacidad de imaginar una sociedad diferente.

Quisiera proponeros también un compromiso específico sobre el tema del trabajo. Sois movimientos de trabajadores, y podéis contribuir a llevar sus preocupaciones dentro de la comunidad cristiana. Es importante que los trabajadores estén como en casa en las parroquias, en las asociaciones, en los grupos y en los movimientos; que sus problemas sean tomados en serio; que su petición de solidaridad pueda ser acogida. De hecho, el trabajo atraviesa una fase de transformación que debe ser acompañada. Las desigualdades sociales, las formas de esclavitud y de explotación, las pobreza familiares a causa de la falta de trabajo o de un trabajo mal retribuido son realidades que deben encontrar es-

pacidad, a los talentos que florecen en los cuerpos intermedios. Las familias, las cooperativas, las empresas, las asociaciones son el tejido vivo de la sociedad. Darles espacio y voz significa liberar energías para que el bien común sea fruto del empeño y de la solidaridad entre todos.

La Encíclica *Fratelli tutti* recuerda que «gracias a Dios tantas agrupaciones y organizaciones de la sociedad civil ayudan a paliar las debilidades de la Comunidad internacional, su falta de coordinación en situaciones complejas, su falta de atención frente a derechos humanos fundamentales y a situaciones muy críticas de algunos grupos. Así adquiere una expresión concreta el principio de subsidiariedad, que garantiza la participación y la acción de las comunidades y organizaciones de menor rango, las que complementan la acción del Estado» (n. 175). Esta tercera guerra mundial en curso nos hace consciente de que la renovación nace desde abajo, donde si viven las relaciones con solidaridad y confianza. No nos dejemos robar la valentía de nuevos inicios de reconciliación y de fraternidad.

Queridos amigos, os doy las gracias por haber venido a celebrar vuestro medio siglo de actividad. San José os inspire siempre a vivir el trabajo con fe y con pasión. De corazón os bendigo a todos vosotros y a vuestras familias. ¡Os deseo feliz Navidad! Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

El Pontífice recibe a los Bomberos italianos y expresa aprecio por la obra realizada con ocasión del aluvión de Isquia

Una misión de servicio a la gente

Una misión de servicio a la gente: así el Papa Francisco elogió el trabajo de los Bomberos italianos, recibiendo a un grupo de tres mil, con sus familiares, la mañana del sábado 10 de diciembre. A continuación, su discurso.

Queridos bomberos, ¡buenos días!

Os doy la bienvenida a vosotros y a vuestros familiares; saludo a las autoridades aquí presentes y doy las gracias a la prefecta Laura Lega por sus palabras. Este encuentro me ofrece la ocasión de expresar mi aprecio por lo que representáis y por lo que hacéis al servicio de la colectividad, tanto en los servicios cotidianos como en las grandes emergencias.

De estas la más reciente es el aluvión en una zona de la Isla de Isquia; pero todos conocemos vuestras numerosas y prolongadas intervenciones de socorro con las víctimas de terremotos.

Yo también he podido constatar personalmente, con ocasión de algunas visitas realizadas en Italia, el bien que habéis hecho a la gente y al patrimonio ambiental e histórico-artístico en esas situaciones.

Vuestro trabajo -en sinergia con otras fuerzas- está dirigido a garantizar las condiciones de seguridad y de tran-

quilidad a la vida civil; y además, como decíamos, a intervenir cuando se trata de proteger a los ciudadanos de calamidades o de peligros.

Vuestro sentido de dedicación -y esto es decisivo, ¡vosotros tenéis mucho!-, la prontitud, el altruismo, la audacia, la disponibilidad al sacrificio hasta el punto de arriesgar la vida -y esto es grande en vosotros - son bien conocidas y la gente está con razón orgullosa de ellas. En determinadas situaciones de grave peligro, arriesgáis vuestra propia seguridad. Por tanto, vuestra misión es una elección personal y consciente que se justifica por el deber de tutelar a las personas y a la comunidad en tiempos de necesidad.

En la perspectiva cristiana, este particular trabajo que vosotros habéis abrazado se refleja en la parábola del buen Samaritano, el cual, encontrando por el camino un hombre que había sido robado, herido y abandonado, se hizo cargo de él con gran compasión y generosidad (cfr *Lc 10,33-35*).

Esta parábola es «capaz de poner de manifiesto la opción de fondo que necesitamos tomar para reconstruir este mundo que nos duele. Ante tanto dolor, ante tanta herida, la única salida es ser como el



buen samaritano» (Cart. enc. *Fratelli tutti*, 67).

Este hombre demuestra caridad y disponibilidad asistiendo al desafortunado en el momento de máxima necesidad.

Y esto cuando muchos otros - por indiferencia o por dureza de corazón- han mirado para otro lado.

El buen Samaritano enseña también a ir más allá de la emergencia, a predisponer, podríamos decir, las condiciones para una vuelta a la nor-

malidad.

Él, de hecho, después de haber prestado los primeros auxilios, lleva al herido a una posada y lo encomienda al posadero para que pueda recuperarse.

El protagonista de esta parábola nos manifiesta la compasión y la ternura de Dios.

Este es el estilo de Dios: cercanía con compasión y ternura. Así es el Señor: cercano, compasivo y tierno. Nos dice que la fraternidad es la respuesta para construir una so-

cialidad mejor, porque el extraño que encuentro herido en el camino es mi hermano. Y vosotros, bomberos, representáis una de las expresiones más hermosas de la larga tradición de solidaridad del pueblo italiano, que tiene sus raíces en el altruismo evangélico.

Os exhorto a custodiar este patrimonio moral y civil, cultivándolo antes que nada en vuestro estilo de vida personal.

En efecto, la vuestra es una de esas profesiones que tienen el carácter de una misión: una misión de servicio a la gente en los momentos de necesidad, de las pequeñas a las grandes emergencias que pueden ocurrir; una misión de servicio a la dignidad de las personas, que en la dificultad nunca deben ser abandonadas; una misión de servicio al bien común de la sociedad que, especialmente en los momentos de crisis, como el que estamos viviendo, necesita de fuerzas sanas, fiables, que trabajen con tenacidad en lo secreto.

Queridos amigos, la Navidad, que ya está cerca, es la fiesta que más cualquier otra resume el valor que os he propuesto: la cercanía, la compasión, la ternura; la solidaridad, el servicio, la fraternidad. Y todo esto se nos ha revelado no escrito en un có-

digo que cumplir, sino escrito en la carne de un Hijo de hombre, Jesús. Esta es la novedad cristiana que no deja de asombrarnos: Dios ha venido a salvarnos haciéndose como nosotros.

Ha hecho lo que hacéis vosotros: ha venido a socorrernos en el peligro, para salvarnos, y lo ha hecho de la forma más radical, sabiendo que tiene que dar su vida para salvarnos. Él es el Buen Samaritano de la humanidad.

Que este gran acontecimiento cristiano, la Navidad, sea una ocasión para que todos descubran y experimenten cuánto ama Dios al hombre, ¡a todo ser humano!

Y con este deseo os renuevo mi gratitud por vuestro valioso servicio, ¡gracias de verdad! Y a veces, si me viene algo que desearos, es esto: «Señor, que no tengan trabajo, ¡que no sea necesario que vayan! La virgen María, que va «deprisa» donde su prima Isabel para ayudarla (cfr *Lc 1,39*) - vosotros siempre vais deprisa cuando hay algo, ¿verdad? - sea vuestro modelo.

Os encomiendo a la intercesión de vuestra patrona, santa Bárbara, os bendigo de corazón junto a vuestras familias; y os pido por favor que recéis por mí. Gracias.

Para la celebración de la 56ª Jornada Mundial de la Paz

El mensaje del Santo Padre Francisco

Nadie puede salvarse solo

Recomenzar desde el Covid-19 para trazar juntos caminos de paz

Junto con las manifestaciones físicas, el Covid-19 ha provocado un malestar generalizado que ha calado en los corazones de muchas personas y familias, con secuelas a tener en cuenta. Lo recuerda el Papa Francisco en su mensaje para la celebración de la 56ª Jornada Mundial de la Paz el próximo 1 de enero de 2023, a la vez, asegura que ahora ha llegado el momento de tomarnos un tiempo para cuestionarnos, aprender, crecer y dejarnos transformar —de forma personal y comunitaria—; un tiempo privilegiado para prepararnos al “día del Señor”. En el mensaje, el Pontífice también dedica unas palabras a la guerra en Ucrania, que se cobra víctimas inocentes y propaga la inseguridad, no sólo entre los directamente afectados, sino de forma generalizada e indiscriminada hacia todo el mundo.



«Hermanos, en cuanto al tiempo y al momento, no es necesario que les escriba. Ustedes saben perfectamente que el Día del Señor vendrá como un ladrón en plena noche» (Primera carta de san Pablo a los Tesalonicenses 5,1-2).

1. Con estas palabras, el apóstol Pablo invitaba a la comunidad de Tesalónica, mientras esperaban su encuentro con el Señor, a permanecer firme, con los pies y el corazón bien plantados en la tierra, con capacidad de una mirada atenta a la realidad y a los acontecimientos de la historia. Por eso, aunque los acontecimientos de nuestra existencia parezcan tan trágicos y nos sintamos empujados al túnel oscuro y difícil de la injusticia y el sufrimiento, estamos llamados a mantener el corazón abierto a la esperanza, confiando en Dios que se hace presente, nos acompaña con ternura, nos sostiene en la fatiga y, sobre todo, orienta nuestro camino. Con este ánimo san Pablo exhorta constantemente a la comunidad a estar vigilante, buscando el bien, la justicia y la verdad: «No nos durmamos, entonces, como hacen los otros: permanezcamos despiertos y seamos sobrios» (5,6). Es una invitación a permanecer despiertos, a no encerrarnos en el miedo, el dolor o la resignación, a no ceder a la distracción, a no desanimarnos, sino a ser como centinelas capaces de velar y distinguir las primeras luces del alba, especialmente en las horas más oscuras.

2. El Covid-19 nos arrastró en medio de la noche, desestabilizando nuestra vida ordinaria, revolucionando nuestros planes y costumbres, perturbando la aparente tranquilidad incluso de las sociedades más privilegiadas, generando desorientación y sufrimiento, y causando la muerte de tantos hermanos y hermanas nuestros.

El mundo sanitario, inmerso en una vorágine de desafíos inesperados y en una situación que no estaba del todo clara ni siquiera desde el punto de vista científico, se movilizó para aliviar el dolor de tantos y tratar de ponerle remedio; al igual que las autoridades políticas, que tuvieron que tomar medidas drásticas en materia de organización y gestión de la emergencia.

Junto con las manifestaciones físicas, el Covid-19 ha provocado —también con efectos a largo plazo— un malestar generalizado que ha calado en los corazones de muchas personas y familias, con secuelas a tener en cuenta, alimentadas por largos períodos de aislamiento y diversas restricciones de la libertad.

Además, no podemos olvidar cómo la pandemia ha tocado la fibra sensible del tejido social y económico, sacando a relucir contradicciones y desigualdades. Ha amenazado la seguridad laboral de muchos y ha agravado la soledad cada vez más extendida en nuestras sociedades, sobre todo la de los más débiles y la de los pobres. Pensemos, por ejemplo, en los millones de trabajadores informales de muchas partes del mundo, a los que se dejó sin empleo y sin ningún apoyo du-



rante todo el confinamiento.

Rara vez los individuos y la sociedad avanzan en situaciones que generan tal sentimiento de derrota y amargura; pues esto debilita los esfuerzos dedicados a la paz y provoca conflictos sociales, frustración y violencia de todo tipo. En este sentido, la pandemia parece haber sacudido incluso las zonas más pacíficas de nuestro mundo, haciendo aflorar innumerables carencias.

3. Transcurridos tres años, ha llegado el momento de tomarnos un tiempo para cuestionarnos, aprender, crecer y dejarnos transformar —de forma personal y comunitaria—; un tiempo privilegiado para prepararnos al “día del Señor”. Ya he dicho varias veces que de los momentos de crisis nunca se sale igual: de ellos salimos mejores o peores. Hoy estamos llamados a preguntarnos: ¿qué hemos aprendido de esta situación pandémica? ¿Qué nuevos caminos debemos emprender para liberarnos de las cadenas de nuestros viejos hábitos, para estar mejor preparados, para atrevernos con lo nuevo? ¿Qué señales de vida y esperanza podemos aprovechar para seguir adelante e intentar hacer de nuestro mundo un lugar mejor?

Ciertamente, después de haber palpado la fragilidad que caracteriza la realidad humana y nuestra existencia personal, podemos decir que la mayor lección que nos deja en herencia el Covid-19 es la conciencia de que todos nos necesitamos; de que nuestro mayor tesoro, aunque también el más frágil, es la fraternidad humana, fundada en nuestra filiación divina común, y de que nadie puede salvarse solo. Por tanto, es urgente que busquemos y promovamos juntos los valores universales que trazan el camino de esta fraternidad humana. También hemos aprendido que la fe depositada en el progreso, la tecnología y los efectos de la globalización no sólo ha sido excesiva, sino que se ha convertido en una intoxicación individualista e idolátrica, comprometiendo la deseada garantía de justicia, armonía y paz. En nuestro acelerado mundo, muy a menudo los problemas generalizados de desequilibrio, injusticia, pobreza y marginación alimentan el malestar y los conflictos, y generan violencia e incluso guerras.

Si, por un lado, la pandemia sacó todo esto a relucir, por otro, hemos logrado hacer descubrimientos positivos: un beneficioso retorno a la humildad; una reducción de ciertas pretensiones consumistas; un renovado sentido de la solidaridad que nos anima a salir de nuestro egoísmo para abrirnos al sufrimiento de los demás y a sus necesidades; así como un compromiso, en algunos casos verdaderamente heroico, de tantas personas que se han entregado para que todos pudieran superar mejor el drama de la emergencia.

De esta experiencia ha surgido una conciencia más fuerte que invita a todos, pueblos y naciones, a volver a poner la palabra “juntos” en el centro. En efecto, es juntos, en la fraternidad y la solidaridad, que podemos construir la paz, garantizar la justicia y superar los acontecimientos más dolorosos. De hecho, las respuestas más eficaces a la pandemia han sido aquellas en las que grupos sociales, instituciones públicas y privadas y organizaciones internacionales se han unido para hacer frente al desafío, dejando de lado intereses particulares. Sólo la paz que nace del amor

fraterno y desinteresado puede ayudarnos a superar las crisis personales, sociales y mundiales.

4. Al mismo tiempo, en el momento en que nos atrevimos a esperar que lo peor de la noche de la pandemia del Covid-19 había sido superado, un nuevo y terrible desastre se abatió sobre la humanidad. Fuimos testigos del inicio de otro azote: una nueva guerra, en parte comparable a la del Covid-19, pero impulsada por decisiones humanas reprobables. La guerra en Ucrania se cobra víctimas inocentes y propaga la inseguridad, no sólo entre los directamente afectados, sino de forma generalizada e indiscriminada hacia todo el mundo; también afecta a quienes, incluso a miles de kilómetros de distancia, sufren sus efectos colaterales —basta pensar en la escasez de trigo y los precios del combustible—.

Ciertamente, esta no es la era post-Covid que esperaríamos o preveíamos. De hecho, esta guerra, junto con los demás conflictos en todo el planeta, representa una derrota para la humanidad en su conjunto y no sólo para las partes directamente implicadas. Aunque se ha encontrado una vacuna contra el Covid-19, aún no se han encontrado soluciones adecuadas para la guerra. Ciertamente, el virus de la guerra es más difícil de vencer que los que afectan al organismo, porque no procede del exterior, sino del interior del corazón humano, corrompido por el pecado (cf. *Evangelio de Marcos 7,17-23*).

5. ¿Qué se nos pide, entonces, que hagamos? En primer lugar, dejarnos cambiar el corazón por la emergencia que hemos vivido, es decir, permitir que Dios transforme nuestros criterios habituales de interpretación del mundo y de la realidad a través de este momento histórico. Ya no podemos pensar sólo en preservar el espacio de nuestros intereses personales o nacionales, sino que debemos concebirnos a la luz del bien común, con un sentido comunitario, es decir, como un “nosotros” abierto a la fraternidad universal. No podemos buscar sólo protegernos a nosotros mismos; es hora de que todos nos comprometamos con la sanación de nuestra sociedad y nuestro planeta, creando las bases para un mundo más justo y pacífico, que se involucre con serie-

dad en la búsqueda de un bien que sea verdaderamente común.

Para lograr esto y vivir mejor después de la emergencia del Covid-19, no podemos ignorar un hecho fundamental: las diversas crisis morales, sociales, políticas y económicas que padecemos están todas interconectadas, y lo que consideramos como problemas autónomos son en realidad uno la causa o consecuencia de los otros. Así pues, estamos llamados a afrontar los retos de nuestro mundo con responsabilidad y compasión. Debemos retomar la cuestión de garantizar la sanidad pública para todos; promover acciones de paz para poner fin a los conflictos y guerras que siguen generando víctimas y pobreza; cuidar de forma conjunta nuestra casa común y aplicar medidas claras y eficaces para hacer frente al cambio climático; luchar contra el virus de la desigualdad y garantizar la alimentación y un trabajo digno para todos, apoyando a quienes ni siquiera tienen un salario mínimo y atraviesan grandes dificultades. El escándalo de los pueblos hambrientos nos duele. Hemos de desarrollar, con políticas adecuadas, la acogida y la integración, especialmente de los migrantes y de los que viven como descartados en nuestras sociedades. Sólo invirtiendo en estas situaciones, con un deseo altruista inspirado por el amor infinito y misericordioso de Dios, podremos construir un mundo nuevo y ayudar a edificar el Reino de Dios, que es un Reino de amor, de justicia y de paz.

Al compartir estas reflexiones, espero que en el nuevo año podamos caminar juntos, atesorando lo que la historia puede enseñarnos. Expreso mis mejores votos a los jefes de Estado y de gobierno, a los directores de las organizaciones internacionales y a los líderes de las diferentes religiones. A todos los hombres y mujeres de buena voluntad, les deseo un feliz año, en el que puedan construir, día a día, como artesanos, la paz. Que María Inmaculada, Madre de Jesús y Reina de la Paz, interceda por nosotros y por el mundo entero.

Vaticano, 8 de diciembre de 2022

FRANCISCO

Francisco agradece a la Universidad Nacional de Rosario por la distinción a Emilce Cuda

El papa Francisco ha agradecido a la Universidad Nacional de Rosario (Argentina) el reconocimiento como doctora *Honoris Causa* a Emilce Cuda, secretaria de la Pontificia Comisión para América Latina (PCAL), y miembro de la Pontificia Academia para la Vida y de la Pontificia Academia de Ciencias Sociales.

En una carta enviada al rector de esta Universidad, Franco Bartolacci, el Pontífice consideró que se trata de “una distinción merecida por los méritos académicos, intelectuales y personales de Emilce (Cuda), incansable luchadora por la justicia social, la paz, el trabajo digno y la belleza de la creación, especial-

mente en América Latina”. Tras señalar que se trata de “una oportunidad para celebrar el conocimiento como camino genuino de desarrollo y crecimiento”, le agradeció a Bartolacci por “ayudar a que la Universidad sea faro frente a la oscuridad de la violencia y fracturas sociales”.

“Esta distinción a Emilce es un testimonio genuino de acción ante los desafíos del futuro y la necesidad de trabajar ante ellos con esperanza”, subrayó Francisco.

El Pontífice reiteró al rector su agradecimiento y cercanía, y concluyó expresando: “Rezo por ustedes, por favor no se olviden de hacerlo por mí”.

El Papa celebra la misa en la fiesta litúrgica de la Virgen María de Guadalupe

Llamados a ser hermanos en tiempos de guerra, injusticia y pobreza

En un tiempo «repleto de fragores de guerra, de crecientes injusticias, carestías, pobreza, sufrimiento... el Señor, a través de la Virgen Madre mestiza, sigue dándonos a su Hijo, que nos llama a ser hermanos». Lo dijo el Papa Francisco en su homilía durante la misa celebrada en la basílica vaticana el lunes 12 de diciembre, fiesta litúrgica de Nuestra Señora de Guadalupe.

Nuestro Dios conduce la historia de la humanidad, nada queda fuera de su poder, que es ternura y amor providente. Se hace presente a través de un gesto, de un acontecimiento, de una persona. No deja de asomarse a nuestro mundo, necesitado, herido, ansioso, para asistirlo con su compasión y su misericordia. Su modo de intervenir, su modo de manifestarse, siempre nos sorprende, y nos llena de gozo. Nos provoca estupor, y lo hace con estilo propio.

La lectura de la carta a los Gálatas ofrece una indicación precisa que ayuda a contemplar, con gratitud, el camino para redimirnos y hacernos sus hijos adoptivos: «cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer» (Gal 4,4).

Y es así, la venida del Hijo en carne humana es la suprema expresión de su método divino en favor de la salvación. Dios, que tanto amó al mundo, nos envió a su Hijo, «nacido de una mujer», para que «todo el que crea en él no muera, sino tenga Vida eterna» (Jn 3,16). Así, en Jesús, nacido de María, se hace para siempre, de forma irreversible «Dios-con-nosotros» y camina a nuestro lado como hermano y compañero. Vino para quedarse. Nada de lo nuestro le es extraño porque es como «uno de nosotros», cercano, amigo, igual a nosotros en todo, menos en el pecado.

Y algo así, con este estilo, sucedió hace casi cinco siglos, en ese momento complicado y difícil para los habitantes del nuevo mundo. El Se-



ñor quiso transformar la conmoción que suscitó el encuentro entre dos mundos diversos, transformarla en recuperación de sentido, en recuperación de dignidad, en apertura al Evangelio, transformarla en encuentro. Y lo hizo enviando a santa María, su Madre, en la lógica que el Evangelio de hoy nos recuerda: después del anuncio del ángel, «María partió y fue sin demora a un pueblo de la montaña» (Lc 1,39). La Virgen apresurada. Así llegó a las tierras de América nuestra Señora de Guadalupe, presentándose como la «Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive» (cf. *Nican Mopohua*); y vino para consolar, para atender las necesidades de los más pequeños, sin excluir a nadie, para arroparlos como madre solícita con su presencia, su amor y su consuelo. Es nuestra Madre mestiza.

Y este año celebramos Guadalupe en un momento difícil para la humanidad. Es un período amargo, repleto de fragores de guerra, de crecientes injusticias, carestías, pobreza, sufrimiento. Hay hambre. Y aunque este horizonte aparezca sombrío y desconcertante, aunque aparezca con presagios todavía de mayor destrucción y desolación, todavía la fe, el amor y la condescendencia divinas nos enseñan y nos dicen que también este es un tiempo propicio de salvación, en el que el Señor, a través de la Virgen Madre mestiza, sigue dándonos a su Hijo, que nos llama a ser hermanos, a dejar de lado el egoísmo, la indiferencia y el antagonismo, invitándonos a hacernos cargo «sin demora» los unos de los otros, ir al encuentro de los hermanos y hermanas olvidados y descartados por nuestras sociedades consumistas y apáticas, nuestros hermanos y hermanas dejados de lado. Y lo hace sin demora: es la Madre apurada, apresurada, la Madre solícita.

Hoy como ayer, Santa María de Guadalupe quiere encontrarse con

nosotros, como un día con Juan Diego en el cerrito del Tepeyac. Quiere quedarse con nosotros. Nos suplica que le permitamos ser nuestra madre, que abramos nuestra vida a su Hijo Jesús y acogamos su mensaje para aprender a amar como Él. Ella vino para acompañar al pueblo americano en este camino tan duro de pobreza, explotación, colonialismos socioeconómicos y culturales. Ella está en medio de las caravanas que, buscando libertad y bienestar, caminan hacia el norte. Ella está en medio de ese pueblo americano amenazado en su identidad por un paganismo salvaje y explotador, herido por la predicación activa de un ateísmo práctico y pragmático. Y Ella está allí. «Soy tu Madre», nos dice, la Madre del amor por quien se vive.

Hoy, 12 de diciembre, se inicia en el continente americano la Novena Intercontinental Guadalupana, camino que prepara a la celebración del V Centenario del Acontecimiento Guadalupano en 2031. Exhorto a todos los miembros de la Iglesia que peregrina en América, pastores y fieles, a participar en este camino celebrativo. Pero, por favor, que lo hagan con verdadero espíritu guadalupano. Me preocupan las propuestas de tinte ideológico-cultural de diverso signo que quieren apropiarse del encuentro de un pueblo con su madre, que quieren desmentizar, maquillar a la madre. Por favor, no permitamos que el mensaje se «desdile» en pautas mundanas e ideológicas. El mensaje es simple, es tierno: «¿No estoy yo aquí que soy tu madre?». Y a la madre no se la ideologiza.

Que Jesucristo, el deseado de todas las naciones, por intercesión de Nuestra Madre de Guadalupe, nos conceda días de alegría y serenidad, para que la paz del Señor habite en nuestros corazones y en el de todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

El discurso del Papa para la presentación de las cartas credenciales

Construyendo la paz en tiempos de la tercera guerra mundial por partes

«Empezáis vuestro nuevo encargo diplomático en un momento de mayor sensibilidad política por el aumento de las violaciones de derecho internacional y por la que yo he definido, desde hace tiempo, una tercera guerra mundial combatida por partes. Si queremos que la paz tenga una posibilidad... Todos estamos llamados a mostrar una mayor vigilancia». Lo dijo el Papa en el discurso dirigido a los nuevos embajadores de Belice, Bahamas, Tailandia, Noruega, Mongolia, Níger, Uganda y Sudán, recibidos en audiencia el jueves 15 de diciembre, en la Sala Clementina para la presentación de las cartas con las que vienen acreditados ante la Santa Sede.

¡Excelencias!

Dirijo una calurosa bienvenida a cada uno de vosotros con ocasión de la presentación de las Cartas con las que venís acreditados como embajadores extraordinarios y plenipotenciarios ante la Santa Sede de vuestros países: Belice, Bahamas, Tailandia, Noruega, Mongolia, Níger, Uganda y Sudán. Os pido que transmitáis mis sentimientos de estima a vuestros respectivos Jefes de Estado, junto a la asegu-

ción de mis oraciones por ellos y por todas las personas a las que se dirige vuestro servicio. Mientras asumís las nuevas responsabilidades, deseo sobre todo reconocer la multiplicidad de los modos en los que vuestras naciones contribuyen al bien común no solo de los propios ciudadanos, sino de toda la familia humana. Cada uno de vosotros comparte justamente la preocupación de edificar la comunidad internacional, como demuestra vuestra participación en las varias organizaciones e instituciones internacionales que son expresión práctica de la exigencia de solidaridad y de cooperación entre los pueblos.

En esta tarea vital y colectiva de tratar de salvaguardar y hacer progresar el bienestar de los hombres y de las mujeres de todo el mundo, especialmente en nuestros días, marcados por los problemas persistentes vinculados a la crisis sanitaria global y de los conflictos violentos en acto en todo el mundo, la acción concertada de toda la familia de las naciones y el trabajo de la diplomacia son más que nunca ne-

cesarios. Sin ellos no es posible proteger la dignidad y los derechos humanos de todos, promover la justicia, la reconciliación y el diálogo por el bien de una paz duradera, y cuidar de nuestra casa común como don precioso para nosotros y para las generaciones futuras.

En particular, vosotros empezáis vuestro nuevo encargo diplomático en un momento de mayor sensibilidad política por el aumento de las violaciones de derecho internacional y por la que yo he definido, desde hace tiempo, una tercera guerra mundial combatida por partes. Si queremos que la paz tenga una posibilidad y que los pobres tengan la perspectiva de un futuro mejor, sobre todo en esas partes del mundo donde los conflictos muy largos corren el riesgo de generar hábito en la conciencia pública, todos estamos llamados a mostrar una mayor vigilancia y a responder a la llamada y a ser constructores de paz en nuestro tiempo.

En el afrontar tales desafíos, cada una de vuestras naciones, ya sea antigua o joven, puede

contar con un vasto patrimonio de tesoros históricos, intelectuales, tecnológicos, artísticos y culturales, que son contribuciones únicas y peculiares de vuestros pueblos. Al mismo tiempo, al rendir homenaje al ingenio de los que representáis y que seguramente dejará una herencia de bien para el futuro, veo vuestros recursos nacionales no solo como habilidades y competencias para celebrar y cultivar, ni simplemente como estándares elevados de los que enorgullecerse con razón; vuestro ingenio y talentos son también dones que pueden ser puestos al servicio del mundo entero, en contextos tanto bilaterales como multilaterales, para mejorar la humanidad.

Ofreciendo generosamente los propios recursos materiales, humanos, morales y espirituales, los países responden a una vocación noble y existencial. De hecho, solamente esforzándose para afrontar los problemas de la humanidad de forma cada vez más integrada y solidaria se podrán encontrar soluciones. Y no solo a los citados anteriormente. Es ne-

cesario llamar la atención también sobre otras situaciones difundidas que interesan a los derechos humanos fundamentales: la falta de acceso universal al agua potable, a la comida o a los cuidados sanitarios básicos; la necesidad de asegurar la educación a todos aquellos que demasiado a menudo son excluidos; como también la oportunidad de un trabajo digno para todos. Pienso también en los enfermos, en los discapacitados, en los jóvenes - sobre todo en las chicas - que no tienen suficientes oportunidades para realizar las propias potencialidades; como también a los que proceden de contextos empobrecidos y corren el riesgo de ser dejados atrás, olvidados o incluso deliberadamente excluidos de la plena participación en sus comunidades.

A través de una constante sensibilización respecto a la condición de aquellos que se encuentran en los márgenes de la sociedad, vuestro rol de diplomáticos puede contribuir a dar luz en los rincones más oscuros de nuestro mundo, a llevar al centro a los que se encuen-

tran en las periferias y a dar voz a quien no tiene voz o ha sido silenciado. Espero que en el ejercicio de vuestras altas funciones podáis buscar, tanto aquí en Roma como en otros lugares, modos nuevos y creativos para promover la solidaridad y la amistad social, en particular con los hermanos y las hermanas más vulnerables (cfr Enc. *Fratelli tutti*, 112-117). Al respecto, os aseguro la colaboración y el apoyo de la Secretaría de Estado y de los Dicasterios y de las Oficinas de la Curia Romana. Sobre la base de las muchas iniciativas existentes y de las zonas de interés común, confié en que las relaciones positivas y cordiales entre vuestros países y la Santa Sede continúen desarrollándose y dando fruto.

Queridos embajadores, mientras empezáis la nueva misión al servicio de vuestras naciones, os ofrezco mis mejores deseos para vuestra importante labor. Sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos vuestros conciudadanos invoco con placer abundantes bendiciones del Omnipotente. Gracias.

El discurso entregado a la comunidad del seminario conciliar de Barcelona

Ese rosario sacerdotal

Publicamos, a continuación, el discurso en español entregado por el Pontífice a la comunidad del seminario conciliar de Barcelona recibida en audiencia la mañana del sábado 10 de diciembre, en la Sala de los Papas.

Estimado Rector, queridos alumnos del Seminario Conciliar de Barcelona:

Agradezco de corazón sus palabras, y les doy la bienvenida en esta casa de Pedro, que es la casa de toda la Iglesia. Sé que han deseado mucho este encuentro y han pedido a su Arzobispo, con insistencia, poder estar aquí. Ven, la oración perseverante da sus frutos, no lo olviden nunca. También es importante invocar la mediación de la Iglesia, por eso no dejen de pedir las oraciones de sus pastores y de los fieles, para que Dios les conceda perseverancia en el camino del bien.

Al hablar a los formandos hay dos tentaciones, la de centrarse en lo malo, teniendo en cuenta sólo las experiencias negativas y la de intentar presentar un mundo idílico e irreal. Es por ello que, manteniéndonos en este tema de la oración con el que hemos comenzado, me ha parecido interesante un librito de un obispo santo de vuestra tierra, san Manuel González, que desgrana en un rosario sacerdotal lo bueno y lo malo que nos cuestiona, haciendo de ello una plegaria que, por intercesión de nuestra Madre Inmaculada, presentamos a Dios. Recuerden que, cuando sean sacerdotes, su primera obligación será una vida de oración que nazca del agradecimiento a ese amor de predilección que Dios les mostró al llamarles a su servicio. Este es el primer misterio gozoso del que todo nace. En esta fase de formación en la que se encuentran, les haría bien que en su oración pudieran confrontarse con las actitudes de la Santísima Virgen, preguntándose: ¿cómo estaba ella cuando Dios la llamó?, y yo ¿cómo estaba? ¿Con qué celo me planteo mi futura vida sacerdotal?, ¿me alzaré —dice san Manuel—, como una burbuja en una olla hirviente de amor, para llevar a Dios al mundo? ¿Lo llevaré hasta los montes, a lo más arduo y penoso?

El sacerdote «no es un dominador de las almas por la plata y el oro... su riqueza, su poder, es sólo la virtud del nombre de Jesús», eso quiere decir, hacerlo presente en la Eucaristía, en los sacramentos, en la palabra, para que nazca en el corazón de los hombres, ser en todo y siempre su instrumento. Para eso nos entregamos, como Jesús, en el templo, como víctimas, para la redención del mundo. Y, en el último misterio gozoso hay una idea muy importante para toda su vida, no la dejen nunca, me refiero a Jesús perdido en el templo, a ese Jesús al que tengo que volver siempre a buscar en el sagrario. Piérdanse allí con Él, para esperar a sus fieles: «el buen sacerdote sabe muy bien que, mientras le queden ojos para llorar, manos con que mortificarse y cuerpo que afligir, no tiene derecho a decir que ha hecho todo lo que tenía que hacer por las almas que le

están confiadas».

Esta entrega prefigura lo que ustedes pueden meditar en los misterios dolorosos. Dios nos pide sacrificio, sacrificio del corazón, rindiendo nuestra voluntad, como Él nos propone en el Getsemaní; sacrificio de la sensibilidad, en la ascesis que contemplamos en la flagelación; sacrificio de la honra, tan española, pensando —como cantan en el himno de Cuaresma— que buscar el laurel de la nobleza, del título académico, del elogio mundano, nos aleja de Dios, y más bien hay que aspirar a las coronas de espinas que nos identifican con el Señor. Ahí está el sacrificio de asumir la propia cruz y comenzar un camino, muchas veces de abandono, es el sacrificio de la vida. Mirando la cruz alzamos los ojos al cielo y vemos nuestro destino. ¿Les parece difícil? No lo es, bastan cosas sencillas: la cama dura, la habitación estrecha, la mesa escasa y pobre, las noches a la cabecera de los agonizantes, los días muy temprano abriendo la iglesia antes que los bares, y esperar, acompañando a Jesús solo, a los pecadores y a los heridos en el ca-



mino de la vida. Y llegamos a los misterios gloriosos, que son nuestra acción de gracias por la Misa de Jesús en la cruz. Después del triunfo de la resurrección, Jesús entró en el santuario del cielo y desde allí perpetúa esta continua acción de gracias. Verlo sentado a la derecha del Padre, nos llama a la esperanza y nos llena de re-

gocijo, porque nos asegura el paraíso. Para ello Dios envía el Espíritu Santo, el único que puede enseñarnos estos misterios, y un día, a ustedes, les dará el don de ser sacerdotes de Cristo. No dejen nunca de gustar y rememorar este amor de predilección que se derrama y se derramará abundantemente en su corazón, en su ordena-

ción y en el resto de sus días. No apaguen nunca ese fuego que los hará intrépidos predicadores del Evangelio, dispensadores de los tesoros divinos. Unan su carne a la de Jesús, como María, para inmolarse con Él en el sacrificio eucarístico, y también, en la gloria de su triunfo.

Queridos seminaristas, tomen

pues su rosario, y pidan a María, Reina y Madre de la Misericordia, que los ayude a develar los misterios del sacerdocio al que Dios los llama, contemplando los misterios de su Hijo, acatando que el gozo del seguimiento y la perfecta identificación en la cruz son el único camino para la gloria. Que Dios los bendiga.

A la Unión italiana de las personas ciegas y con baja visión el Papa reitera que la actitud de los cristianos sobre la discapacidad no debe ser de pietismo o asistencialismo

La fragilidad es un recurso para la sociedad y para la Iglesia

La fragilidad es un recurso: lo dijo el Papa Francisco a los miembros de la Unión italiana de las personas ciegas y con baja visión (UICI), recibidos en audiencia en la Sala Clementina la mañana del lunes 12 de diciembre, en la vigilia de la memoria litúrgica de santa Lucía, patrona de las personas afectadas por discapacidades o enfermedades de la vista. A continuación, su discurso.

¡Queridos amigos, buenos días y bienvenidos!

Agradezco a todos vosotros, que formáis el Consejo Nacional de la Unión Italiana de las personas ciegas y con baja visión, por haber venido a compartir las preocupaciones y proyectos de esta fase de vuestro compromiso. Habéis querido hacerlo con ocasión de la celebración litúrgica de Santa Lucía — que es mañana, y mañana también es el aniversario de mi ordenación sacerdotal: fui ordenado en el día de Santa Lucía—, que es patrona de las personas afectadas por discapacidades o enfermedades de la vista. Aprecio esta elección, porque expresa un sentido religioso tradicional que pertenece al pueblo italiano, y que no

se opone al hecho de que la vuestra es una asociación laica no confesional. Lucía, mártir de Siracusa, nos recuerda con su ejemplo que la dignidad más alta de la persona humana consiste en el dar testimonio a la verdad, siguiendo la propia conciencia cueste lo que cueste, sin duplicidades y sin acuerdos.

Esto significa estar de parte de la luz, servir la luz, como evoca el nombre “Lucía”. Ser personas límpidas, transparentes, sinceras; comunicar con los otros de forma abierta, clara, respetuosa. Así se contribuye a difundir luz en los ambientes en los que se vive, a hacerlos más humanos, más habitables.

A partir de esta idea que derivamos de la figura de santa Lucía, quisiera confiaros de qué forma os miro yo a vosotros, a vuestra Asociación: os veo como una fuerza constructiva en la sociedad, en particular en la sociedad italiana, que está atravesando un momento no fácil. Puede parecer extraña esta perspectiva, porque normalmente a la discapacidad se asocia la idea de la necesidad, de la asistencia y, a veces

— gracias a Dios cada vez menos—, de un cierto pietismo. No, el Papa no os mira así; la Iglesia no os mira así. El punto de vista de los cristianos sobre la discapacidad ya no es y ya no debe ser el pietismo y el mero asistencialismo, sino la conciencia de que la fragilidad, asumida con responsabilidad y solidaridad, es un recurso para todo el cuerpo social y para la comunidad eclesial.

Las personas ciegas y con baja visión, bien formadas en los principios éticos y en la conciencia cívica, están en primera línea para construir comunidades inclusivas, donde cada uno puede participar sin avergonzarse de los propios límites y de las propias fragilidades, cooperando con los otros para completarse y sostenerse unos a otros.

Y todos necesitamos uno de otro, no solo las personas con problemas de fragilidades físicas, sino también todos nosotros necesitamos de ayuda de los otros para ir adelante en la vida, porque todos somos débiles en el corazón, todos. La vuestra es una asociación que ha superado hace poco los

cien años; es una realidad que ya pertenece a la historia nacional: tutelando los derechos de las personas con discapacidad visual habéis cooperado al crecimiento civil del país.

Os animo a ir adelante con un estilo cada vez más constructivo, propositivo, como una fuerza que transmite confianza y esperanza.

La sociedad italiana necesita esperanza, y esta viene sobre todo por el testimonio de personas que, en la propia condición de fragilidad, no se cierran, no se lamentan, sino que se empeñan junto a los otros para mejorar las cosas.

Santa Lucía, de hecho, es descrita precisamente así: como una mujer joven e indefensa pero que no cede a las amenazas y a los halagos, es más, responde con valentía y planta cara al juez que la interroga. ¡Con la protección y el ejemplo de Lucía, id adelante!

De corazón os bendigo junto a todos los miembros de vuestra Asociación.

¡Os deseo feliz Navidad a vosotros y a vuestros seres queridos! Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!



Comienza en Frascati la fase diocesana de la causa de beatificación

Carla Borgheri misionera de la Encarnación

WALDERY HILGEMAN*

El domingo 11 de diciembre por la tarde, a las 16 horas, se abre en la catedral de Frascati la fase diocesana de la causa de beatificación y canonización de Madre Carla Borgheri, fundadora de las Hermanas Misioneras de la Encarnación y de los Padres Misioneros de la Encarnación.

La sesión fue presidida por el obispo Raffaello Martirelli, ordinario de la sede suburbicaria, que iniciará el proceso en el centenario del nacimiento de la monja, que tuvo lugar el 17 de febrero de 1922 en Novi Ligure.

Conocida en el siglo como Cleo, bautizada Annunziata y familiarmente llamada Nada, Borgheri conoció el trabajo y la fatiga de niña debido a la enfermedad de su madre Olga.

Ambas se trasladaron a Florencia y, en 1942, a Roma, donde la joven probó suerte en la interpretación y el teatro, siguiendo los pasos de su madre.

En 1944, a causa de la tuberculosis, fue ingresada en el hospital Forlanini, donde

se confió a la dirección espiritual del camilo Orfeo Romani, meditando textos de la Imitación de Cristo y de santa Teresa de Ávila.

La semilla de su vocación comenzó a germinar y en 1953 fue dirigida a una naciente congregación de muchachas que, tras haber vivido la experiencia del sanatorio, una vez curadas servían a los enfermos del mismo hospital. Aquí Nada visitó el hábito religioso y adoptó el nombre de Hermana Carla.

En 1961, para ayudar a su madre necesitada de cuidados, decidió abandonar la congregación.

Sin embargo, no queriendo renegar de su vocación, junto con otras jóvenes impresionadas por la radicalidad de su estilo de vida, fundó una nueva comunidad en una pequeña vivienda del suburbio de Ottavia.

Este fue el núcleo original de las Hermanas Misioneras de la Encarnación, al que pronto se unieron nuevas hermanas.

En 1962, compraron un terreno con dos casas rurales para reformar en Frascati,



en Vermicino. Y desde allí pronto se extendieron a diversos rincones del mundo: en 1974 la Madre Carla planeó el primer viaje a la India y poco después se puso en marcha una nueva residencia en Cochín, donde también se estableció el noviciado. Luego se solicitó su presencia, en Nagercoil, Tamil Nadu, donde también se creó un hogar para niñas y jóvenes discapacitadas. Después llegó el turno de

se rompió el fémur. Trasladada a Italia, comenzó un calvario de visitas, exámenes y terapias. Su estado general de salud, precario desde su juventud, impedía cualquier intervención quirúrgica.

El 14 de septiembre de 2006, un empeoramiento la llevó a una lenta agonía, que duró una semana. Inmovilizada en la cama, sus últimas palabras fueron: "Vive en la caridad y la hu-

Hoy su figura anuncia un fuerte llamamiento a habitar las periferias, esos lugares fronterizos donde el cansancio, el sufrimiento y la miseria espiritual se convierten en un lugar privilegiado para el encuentro con Dios

Vallarpadam, Kerala. La fundadora viajaba fielmente todos los años a la India, donde permanecía largos meses.

También se abrieron residencias y escuelas en Italia: en 1972, una guardería en Pereto, diócesis de Avezzano; en 1977 y 1980, dos residencias para ancianos en Cerdeña: una en la diócesis de Bosa y otra en Nurri, en la zona de Nuoro.

En 1983 se abrió otra guardería, en el Lacio, en Subiaco, y en 1985 fue el turno de una nueva estructura en Frascati: la que actualmente alberga la casa general en Via Fermi.

Ese mismo año se fundó la comunidad de Salice Salentino, cerca de Lecce.

El 19 de marzo de 1988 llegó el decreto por el que Juan Pablo II reconocía a la congregación de derecho pontificio; y en 1994 la Madre Carla fundó la rama masculina en la India.

En octubre de 2005, durante una estancia en Tabou (Costa de Marfil), se cayó y

mildad hacia todos. Sed portadores y testigos del Amor de Dios".

Y hacia el mediodía del día 20, a la edad de 84 años, falleció.

Hoy su figura anuncia un fuerte llamamiento a habitar las periferias, esos lugares fronterizos donde el cansancio, el sufrimiento y la miseria espiritual se convierten en un lugar privilegiado para el encuentro con Dios.

Su obra sigue sembrando las semillas de la esperanza eterna en los campos de la necesidad. Y su ejemplo es seguido por muchos jóvenes, hombres y mujeres, que eligen consagrarse a Cristo para responder a las emergencias en orfanatos, hogares para discapacitados físicos y mentales, obras de atención y formación para sordomudos, albergues, residencias de ancianos, escuelas, sin descuidar la atención pastoral de los santuarios y las iglesias parroquiales.

*Postulador

Audiencia a los miembros de la "Amitié Judéo-Chrétienne de France"

En tiempos de cierres y rechazos debemos perseverar en el camino del diálogo

Una exhortación a perseverar en el camino del diálogo entre judíos y cristianos, especialmente en estos "tiempos hostiles en los que las actitudes de cerrazón y rechazo hacia el otro son cada vez más numerosas", dirigió el Papa a los miembros de la "Amitié Judéo-Chrétienne de France", recibidos en audiencia la mañana del lunes 12 de diciembre, en la Sala del Consistorio.

Queridos amigos:

Les doy la bienvenida, miembros de la Amitié Judéo-Chrétienne de France, con motivo de la celebración del 75 aniversario de su nacimiento.

En primer lugar, quisiera evocar la figura de uno de sus fundadores, Jules Isaac, que desempeñó un papel destacado en el acercamiento entre judíos y cristianos tras la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Participó, en particular, en la famosa Conferencia de Seelisberg, que concluyó sus trabajos con los famosos "Diez puntos de Seelisberg", algunos de los cuales fueron recogidos por la Declaración conciliar *Nostra Aetate*. Recibido en audiencia por los Papas Pío XII y Juan XXIII, Jules Isaac pidió la redacción de ese texto profético.

Un texto que conserva toda su actualidad y recuerda "el patrimonio espiritual común a cristianos y judíos", deseando "recomendar el mutuo conocimiento y aprecio entre ellos, que se consigue sobre todo por medio de los estudios bíblicos y teológicos y con el diálogo fraterno" (n. 4).

La Amitié Judéo-Chrétienne de France se compromete resuelta y activamente en esta vía de estudio y diálogo para ayudar a judíos y cristianos a crecer en el conocimiento mutuo, la comprensión, el respeto y la amistad.

Os doy las gracias por esta labor, que habéis llevado a

Este hermoso trabajo, que consiste en crear vínculos, es frágil, siempre hay que reanudarlo y consolidarlo, sobre todo en estos tiempos hostiles

cabo incansablemente durante setenta años. Ha ayudado mucho a judíos y cristianos a redescubrirse como hermanos, hijos de un mismo Padre, que "espera el día, que sólo Dios conoce, en que todos los pueblos invo-

carán al Señor con una sola voz y 'le servirán como un solo hombre' (*Soph* 3,9)" (*ibid.*).

El camino que hemos recorrido juntos es, pues, considerable —hay que dar gracias a Dios por ello—, dado el peso de los prejuicios mutuos y la historia, a veces dolorosa,

los, es frágil, siempre hay que reanudarlo y consolidarlo, sobre todo en estos tiempos hostiles

que hay que asumir. Pero la tarea no ha terminado, y les animo a perseverar en este camino de diálogo, fraternidad e iniciativas conjuntas.

Porque este hermoso trabajo, que consiste en crear víncu-

los, es frágil, siempre hay que reanudarlo y consolidarlo, sobre todo en estos tiempos hostiles en los que las actitudes de cerrazón y de rechazo del otro son cada vez más numerosas, sobre todo con el preocupante resurgimiento del antisemitismo, especialmente en Europa, así como de la violencia contra los cristianos.

Por ello, os aseguro mi apoyo a vuestras iniciativas, así como a las de todos aquellos, judíos y cristianos juntos, que luchan por una fraternidad cada vez mayor.

Rezo para que vuestro trabajo y vuestro compromiso den frutos abundantes y duraderos.

Invoco para ustedes la bendición del Señor y les pido por favor que recen por mí. Gracias.



Francisco prosigue las reflexiones sobre el discernimiento deteniéndose sobre el tema de la confirmación de la elección hecha

Permanecer vigilantes para custodiar las puertas del corazón

«Para que no se pierda todo el trabajo realizado para discernir lo mejor y tomar la decisión correcta» es necesaria la vigilancia. Lo subrayó el Papa en la audiencia general de la mañana del miércoles 14 de diciembre. Prosiguiendo en el Aula Pablo VI las catequesis sobre el discernimiento, el Pontífice se detuvo sobre el tema de la confirmación de la elección hecha. Porque «advirtió hablando de esta actitud particularmente recordada en el tiempo de Adviento— existe el riesgo «que el “aguafiestas”, es decir, el Maligno, puede arruinarlo todo, haciéndonos volver al punto de partida».

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Entramos en la fase final de este recorrido de catequesis sobre el discernimiento. Iniciamos por el ejemplo de san Ignacio de Loyola; después consideramos los elementos del discernimiento —es decir, la oración, el conocerse a uno mismo, el deseo y el “libro de la vida”—; nos detuvimos en la desolación y la consolación, que forman la “materia”, y así hemos llegado a la confirmación de la decisión tomada.

Considero necesario incluir en este punto la referencia a una actitud esencial para que no se pierda todo el trabajo realizado para discernir lo mejor y tomar la decisión correcta, y esta sería la actitud de la vigilancia. Nosotros hemos hecho el discernimiento, consolación y desolación; hemos elegido una cosa... todo va bien, pero ahora vigilar: la actitud de la vigilancia. Porque de hecho hay un riesgo, como hemos escuchado en el pasaje del Evangelio que se ha leído. El riesgo es que el “aguafiestas”, es decir, el Maligno, puede arruinarlo todo, haciéndonos volver al punto de partida, es más, a una condición aún peor. Y esto sucede, por eso es necesario estar atentos y vigilar. Por eso es indispensable estar vigilantes. Por tanto, hoy me ha parecido oportuno destacar esta actitud, que todos necesitamos para que el proceso de discernimiento llegue a buen término y permanezca ahí.

En efecto, Jesús en su predicación insiste mucho en el hecho de que el buen discípulo está vigilante, no se duerme, no se deja llevar por la excesiva seguridad cuando las cosas van bien, sino que permanece atento y preparado para hacer el propio deber. Por ejemplo, en el Evangelio de Lucas, Jesús dice: «Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante abran. Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos» (12,35-37).

Vigilar para custodiar nuestro corazón y entender qué sucede dentro. Se trata de la disposición del alma de los cristianos que esperan la venida final del Señor; pero se puede entender también como la actitud ordinaria que hay que tener en la conducta de vida, de forma que nuestras buenas decisiones, realizadas a veces después de un arduo discernimiento, puedan proseguir de forma perseverante y coherente y dar fruto.

Si falta la vigilancia, es muy fuerte, como decíamos, el riesgo de que se pierda todo. No se trata de un peligro de tipo psicoló-



gico, sino de tipo espiritual, una verdadera insidia del espíritu malo. Este, de hecho, espera precisamente el momento en el que estamos demasiado seguros de nosotros mismos, ahí está el peligro: “Estoy seguro de mí mismo, he ganado, ahora estoy bien...” este es el momento que el espíritu malo espera, cuando todo va bien, cuando las cosas van “como la seda” y tenemos, como se dice, “el viento en popa”. De hecho, en la pequeña parábola evangélica que hemos escuchado, se dice que el espíritu impuro, cuando vuelve a la casa de la que había salido, «la encuentra desocupada, barrida y en orden» (Mt 12,44). Todo está bien, todo está en orden, pero ¿el dueño de la casa dónde está? No está. No hay nadie que la vigile y que la custodie. Este es el

problema. El dueño de la casa no está, ha salido, se ha distraído; o está en casa, pero dormido, y por tanto es como si no estuviera. No está vigilante, no está atento, porque está demasiado seguro de sí y ha perdido la humildad de custodiar el propio corazón. Debemos custodiar siempre nuestra casa, nuestro corazón y no estar distraídos... porque aquí está el problema, como decía la parábola.

Entonces, el espíritu malo puede aprovecharse y volver a esa casa. Pero el Evangelio dice que no vuelve solo, sino junto a otros «siete espíritus peores que él» (v. 45). Una mala compañía, una banda de delincuentes. Pero —nos preguntamos— ¿cómo es posible que puedan entrar tranquilos? ¿Por qué el dueño no se da cuenta? ¿No había sido tan

bueno al hacer el discernimiento y a expulsarlos? ¿No había recibido también las felicitaciones de sus amigos y de los vecinos por esa casa tan hermosa y elegante, tan ordenada y limpia? Sí, pero quizá precisamente por esto se había enamorado demasiado de la casa, es decir, de sí mismo, y había dejado de esperar al Señor, de esperar la venida del Esposo; quizá por miedo a arruinar ese orden ya no acogía a nadie, no invitaba a los pobres, a los sin techo, esos que molestan... Una cosa es cierta: aquí se trata del orgullo malo, la presunción de ser justos, de ser buenos, de ser correctos. Muchas veces oímos decir: “Sí, yo era malo antes, me convertí y ahora, ahora la casa está en orden gracias a Dios, y estás tranquilo por esto...”. Cuando confiamos de-

masiado en nosotros mismos y no en la gracia de Dios, entonces el Maligno encuentra la puerta abierta. Entonces organiza la expedición y toma posesión de esa casa. Y Jesús concluye: «Y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio» (v. 45).

¿Pero el dueño no se da cuenta? No, porque estos son los demonios educados: entran sin que tú te des cuenta, llaman a la puerta, son corteses. “No va bien, venga, venga, entra...” y después al final mandan ellos en tu alma. Estad atentos a estos diablillos, a estos demonios: el diablo es educado, cuando finge ser un gran señor. Porque entra con la nuestra para salirse con la suya. Es necesario custodiar la casa de este engaño de los demonios educados. Y la mundanidad espiritual va por este camino, siempre.

Queridos hermanos y hermanas, parece imposible, pero es así. Muchas veces perdemos, somos vencidos en las batallas, por esta falta de vigilancia. Muchas veces, quizá, el Señor ha dado muchas gracias y al final no somos capaces de perseverar en esta gracia y lo perdemos todo, porque nos falta la vigilancia: no hemos custodiado las puertas. Y además hemos sido engañados por alguien que viene, educadamente se mete dentro y adiós... el diablo tiene estas cosas. Cada uno puede también verificarlo pensando en la propia historia personal. No basta con hacer un buen discernimiento y tomar una buena decisión. No, no basta: es necesario permanecer vigi-

lantes, custodiar esta gracia que Dios nos ha dado, pero vigilar, porque tú puedes decirme: “Pero cuando yo veo algún desorden, me doy cuenta enseguida que es el diablo, que es una tentación...” sí, pero esta vez viene disfrazada de ángel: el demonio sabe disfrazarse de ángel, entra con palabras corteses, y te convence y al final es peor que al principio... Es necesario permanecer vigilantes, vigilar el corazón. Si yo preguntara a cada uno de nosotros y también a mí mismo: “¿qué está sucediendo en tu corazón?”. Quizá no sabríamos decir todo: diremos una cosa o dos cosas, pero no todo. Vigilar el corazón, porque la vigilancia es signo de sabiduría, es signo sobre todo de humildad, porque tenemos miedo de caer y la humildad es el camino maestro de la vida cristiana.

Después de la catequesis el Pontífice saludó los varios grupos presentes en el Aula Pablo VI, lanzando un nuevo llamamiento para el martirizado pueblo ucraniano que sufre a causa de la guerra. Finalmente la audiencia concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Pidamos a María, Virgen de la Dulce Espera, que nos enseñe a “velar y orar” para no distraernos en el seguimiento de su Hijo, y para descubrir su presencia salvadora en los acontecimientos de nuestra vida cotidiana. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

PAUL SAMASUMO

Sor Wamuyu Teresia Wachira forma parte del Instituto de la beata Virgen María, más comúnmente conocida con el nombre de Hermanas de Santa María de Loreto: es una congregación de religiosas que se dedican a la educación, fundada por la inglesa Mary Ward en 1609. Sor Wamuyu es graduada y una mujer de muchas primicias; en su tierra natal, Kenia, tiene una larga historia de promoción de una cultura de paz y solución no violenta de conflictos. Ya en 1991 se dio a conocer por su activismo a favor de las niñas y de las mujeres keniatas. Es profesora y está en la cabeza del programa de estudios por la paz y los conflictos en la Universidad San Pablo de Nairobi, una institución cristiana ecuménica, así como co-presidenta de *Pax Christi International* —y acepta con gusto invitaciones a conferencias en todo el mundo.

En una entrevista concedida a los medios vaticanos, su pasión por la transmisión a los estudiantes africanos de sus competencias en lo que se refiere a la resolución pacífica de conflictos es profunda, es palpable. Así explicó el programa que ella misma guía en la Universidad San Pablo:

“En este programa enseñamos caminos no violentos para crear la paz. Parte de lo que enseñamos es periodismo de paz: hemos notado, de hecho, que a veces están los medios que contribuyen a la escalada en las situaciones de conflicto. Esto sucede cuando los periodistas toman partido y crear ulterior conflicto con sus palabras o por cómo comunican o colaban su mensaje. Por ejemplo, si estás haciendo una relación sobre dos partes en conflicto, no es necesario demonizar una de las dos. Los medios deberían considerar ambas y buscar el camino para hacer que se encuentren, estas dos comunidades. Las comunidades pueden ser ayuda-



Cómo resolver los conflictos de forma no violenta: la misión de sor Wamuyu en Kenia

das para llegar a una situación en la que están preparadas para una mediación. Esto es, la mediación para nosotros es factor importante. Es un elemento clave en nuestra formación universitaria”. Y continúa: “Los medios debería ayudar a la gente a ver lo que ve la otra parte. Sobre todo en África, los medios deben ser instrumento de reconciliación y constructores de puentes, no tomar la parte de uno o de otro. Muchos conflictos, sobre todo en campaña electoral, nacen por la forma en la que los medios presentan una determina historia”.

Sor Wamuyu está también convencida del hecho que los africanos necesitan redescubrir y acoger los modos africanos tradicionales para resolver los conflictos. Explica que la sociedad africana tradicional conocía métodos probados en el tiempo para la gestión pacífica de los conflictos. Ella las define “mediaciones alternativas”. “En caso de conflicto, los ancianos se reunían escuchando las dos partes, y a través de la escucha y el diálogo encontraban un terreno común. La mediación tradicional da la prioridad a la armonía y a la construcción de comu-

nidad. Nosotros debemos llevar adelante estos valores y transmitirlos a los estudiantes”, subraya la religiosa, y añade: “No es solo una cuestión de consenso. Se trata también de caminar en los zapatos del otro y de sentir lo que siente el otro”. Sor Wamuyu afirma que los jóvenes saben instintivamente qué está bien y qué está mal, pero deben ser puestos frente a los desafíos, en particular en lo que se refiere al uso dañino y tóxico de las redes sociales.

“A menudo voy a ver qué publican nuestros jóvenes estudiantes en internet y en los blogs en las redes sociales. A veces les provocho: ‘¿No pensáis que pueda haber otro modo de decir lo que queréis decir sin usar este lenguaje de odio? ¿Por qué pensáis que sea necesario disminuir al otro? ¿Cómo os sentiríais si estuvierais vosotros del otro lado?’. Creo que cuando tú comienzas en este camino inicias también a cambiar su planteamiento mental. Recordamos siempre que los jóvenes la conocen, la verdad... Los jóvenes son muy creativos y, a través del arte y la música están ya haciendo obra de construcción de paz. No es que les esta-

mos enseñando algo completamente nuevo”, dice la religiosa. “A mis chicos siempre les digo que no cuenta lo que está sucediendo allí fuera: ve y haz la diferencia —y empiezo por ti mismo”.

Sin embargo, según sor Wamuyu, deberían ser los adultos los primeros ejemplos de constructores de paz. “Si queremos enseñar a los jóvenes a ser pacíficos debemos preguntarnos: pero, nosotros, ¿somos pacíficos? ¿Cómo comunican entre ellos los padres, el marido y la mujer, cuando no están de acuerdo?”.

¿Qué piensa de los conflictos étnicos y tribales, endémicos en África? Según la religiosa, los conflictos étnicos están perpetuados por políticos sin escrúpulos que arman a las tribus considerándolo un medio para poder obtener poder político en beneficio propio o de la familia o de los amigos. “son los hombres que quieren el poder. Todo esto gran hablar de mi gente solo sirve para poner a un solo hombre solo en una posición de poder”. “No tenemos que subrayar siempre el hecho de que una persona es otro. Nosotros somos todos iguales. En realidad, las diferentes etnicidades y tribus africanas deberían ser celebradas. Si Dios lo hubiera querido, hubiera hecho que todos fuéramos iguales entre nosotros. Pero Dios sin embargo quiere que nosotros apreciemos nuestras diferencias. El hecho de apreciar la cultura del uno de otro significa que nunca es necesario dar espacio al pensamiento de que mi cultura es mejor o superior. Siempre habrá cosas buenas que puedo tomar prestado de la cultura del otro. El punto es que deberíamos reconocer que somos flores diferentes que crecen en el mismo jardín. África es un gran puzzle y cuando se pone junto es realmente hermoso. Cada uno de las piezas es diferentes, pero es parte de un conjunto”.

#Sistersproject